

El 20 de enero Ronald Reagan entra en la Casa Blanca: entra en la historia. Quizá con la sensación de que la historia es suya. Una sensación que debe perder. Es difícil que los grandes hombres hagan la historia; a veces, eso sí, les queda un poder de deshacer; más generalmente, los deshechos son ellos. Carter sale triturado. Otros han salido peor; incluso vilipendiados (Nixon), incluso muertos (Kennedy). La institución presidencial ha perdido gran parte de su carisma.

LA CITA CON REAGAN

EL mundo con que se encuentra Reagan al comenzar su presidencia es especialmente maligno. Parece que la malignidad conjunta la condición de lo pernicioso con un cierto regocijo del sujeto actor. En una cierta alegría, un cierto regocijo del sujeto actor. En este caso, el mundo. Una abstracción casi con características de deidad. El mundo tiene en estos momentos enredadas varias madejas en las que la esperanza y la desesperanza son difíciles de distinguir. Hay unas civilizaciones en marcha, con un progreso continuo y hasta veloz, que muestran un aspecto de progreso —en el sentido de conquistas por el camino de una felicidad sobre la tierra— y al mismo tiempo de consunción y muerte. En primer lugar, la noción de la felicidad por el progreso abarca a muy pocas personas, pero ilusiona a todas las demás. Por razones más bien misteriosas sucede que el invento de la civilización corresponde a unos países y los medios para llevarla a cabo corresponden a otros. La pugna de aquellos por disponer de los bienes de éstos es antigua: llega al máximo en el momento en que Reagan toma el poder. El presidente y su grupo se encuentran con el desafío de lo que se llama tercer mundo; la tradición viejísima de su partido requeriría que a ese desafío se respondiera con la fuerza de la conquista, envuelta en términos más o menos eficaces, desde un punto de vista literario-moral, acerca de las libertades. Pero los últimos intentos que se han realizado en ese sentido han sido inversos: el manto imperial está deshilachado. Pequeñas y grandes revoluciones se han ido oponiendo al gran sistema. Las aventuras militares han terminado mal. Primero, para los imperios de otro tiempo: Gran Bretaña y Francia, las otras naciones europeas —Portugal, Holanda...— perdieron sus imperios; cada vez que Estados Unidos ha intentado asumir el papel imperial, ha perdido (Corea, Cuba, Vietnam). Toda esta frustración se deriva hacia un antiguo enemigo: la URSS. El desafío quedó planteado en 1917, y no ha terminado, pese a períodos de

alianza, de tregua o de coexistencia. Se reverdece ahora. Washington se ha hecho a la idea de que la no existencia de la URSS sería suficiente para recuperar el dominio necesario del mundo. Emite, pues, toda serie de amenazas. Pero la sutileza, la malignidad de la situación, es mayor. Los aliados de los Estados Unidos —Europa, Japón— creen que la solución no está en la amenaza: comienzan una campaña de separación de esa tesis. Sucede, simultáneamente, que la URSS a su vez está herida de esa amenaza y de algunas más. China, con la que imaginó construir un mundo nuevo, se le vuelve en contra —la conquista sonriente de China es al mismo tiempo la mejor baza de Estados Unidos y la señal de un cambio o de una bifurcación en el camino de la historia—; los países afines del Este de Europa tratan de evadirse de su hegemonía; los partidos comunistas del mundo cesan de compartir su ideología práctica, y hasta la teórica. El cansancio, el abatimiento de un régimen que termina por no ir hacia ningún sitio (después del gran impulso de la revolución, vino el estancamiento y la falta de objetivos) se revela no sólo en los disidentes, sino en la desafección ciudadana, en la vida de cada día.

Los grandes modelos están rotos: a la izquierda como a la derecha. Dicen los teóricos que hay una falta de espiritualidad. Por espiritualidad se entiende un espejismo suficiente como para que cada uno se olvide de sí mismo y sus intereses en aras de «un mundo mejor». Hace tiempo que se ha descubierto que el mundo mejor es siempre para los que no se sacrifican, y que la llamada —mal-espiritualidad es un invento para formas de explotación. Para reparar ese enorme roto en todas las sociedades, surgen profetas: Wojtyla o Jomeini. Son insuficientes, y finalmente quedan ridículos. Es decir, quedan demasiado locales. Demasiado jefes de tribu. Toda la enorme conmoción de Wojtyla termina, finalmente, en las huelgas de Polonia; como si se hubiera hecho Papa para

que se alzarán los mineros polacos y para estrenar una obra de teatro. Toda la guerra santa de Jomeini termina en un conflicto con su vecino el Irak. Y todo el internacionalismo soviético, todo el viejo impulso heroico del «proletarios de todos los países, uníos», en una reyerta con los montañeses del perdido Afganistán, que sirve para que un presidente de los Estados Unidos quiera también ser profeta y lance una cruzada mundial: termina perdiendo ruidosamente las elecciones.

¿Qué va a hacer Reagan con este mundo maligno? ¿qué va hacer este mundo maligno con Reagan? Todo parece indicar que el hombre elegido en virtud de su fortaleza, de su rudeza, de su vieja condición de guerrero frío, va a conducir la historia hacia un pacto. Ya hay indicios. Ya hay un viaje de un senador reganita a Moscú, y una rápida reducción de tensiones inmediata en la Conferencia de Madrid. El pacto que se ve venir es el de los grandes gigantes, tan fuertes como subnormales, para ofrecerse algún punto de apoyo mutuo. No es la primera vez que la URSS y los Estados Unidos intentan un reparto del mundo: lo hicieron en Yalta, y en Potsdam. Pequeños y grandes países tuvieron que comportarse con arreglo a aquel dictado. El tiempo ha ido barajando las circunstancias; parece que ahora se trataría de recomponer, de rehacer esa alianza de grandes enemigos. Un Papa trazó una vez una línea imaginaria en el mundo: de un lado, las conquistas de España; del otro, las de Portugal.

Puede que otro Papa se avenga a trazar, silenciosamente, una nueva divisoria; otro Papa menos profético y más práctico.

Es una esperanza para la paz mundial —no hay indicios de que la paz mundial esté más amenazada ahora que antes—, pero es una desgracia para los países a los que correspondía ser repartidos. Quizá todavía tengan tiempo de reaccionar; es lo más probable. Los gigantes están demasiado atontados por su propio desgaste, y aún se les puede desafiar. ■ E.H.T.